

HACIA UNA VIDA CONTEMPLATIVA. PARTE V

LA ORACION CONTEMPLATIVA

Hace algunos años hablamos algo de esto bajo el nombre de “La Oración Silenciosa”. En aquel tiempo esta manera de orar no nos funcionó, y probablemente se debió a dos razones: 1) No le pusimos todo el interés debido al asunto y 2) Nos faltaron herramientas que nos ayudaran a incursionar a esta esfera. Es por eso que, con fines didácticos, en esta ocasión le llamaremos La Oración Contemplativa, para que hagamos una diferencia entre lo que aprendimos en el pasado y el avance que el Señor nos quiere dar en este tiempo. A lo largo de la historia esta manera de orar ha tenido diferentes nombres, pero al final lo más importante es la práctica de esta. No obstante, en esta ocasión nos vamos a referir a ella como La Oración Contemplativa porque es la palabra más adecuada para describirla y para profundizar en el conocimiento de la misma.

La práctica de la oración contemplativa básicamente consiste en estar unos minutos delante del Señor en total silencio. Ahora bien, ¿Por qué llamarle oración a un ejercicio místico en el cuál no decimos ni una sola palabra? Por años aprendimos que orar es hablar con Dios, y de hecho, el Nuevo Testamento está lleno de muchos versos que nos instan a orar con palabras verbales. Al respecto encontramos versos tales como:

Efesios 6:18 “... orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos...”

Mateo 6:9 “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”.

1 Corintios 14:15 “¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento...”

Versos como estos nos demuestran que es válido orar usando palabras, no podemos negarlo, es más, el mismo Señor Jesús nos enseñó a orar así. No vamos a negar lo innegable, pero el hecho de que exista una manera de orar “hablando”, no quita que exista un tipo de oración donde no hablemos. No vamos eliminar una cosa para darle realce a otra, sencillamente debemos entender que ambas maneras de orar tienen su lugar.

La oración no sólo es una comunicación verbal con Dios, sino es una comunicación íntima con Dios. Podemos orar de manera discursiva (usando palabras); y podemos orar contemplativamente (estando en silencio delante de Dios por medio de la fe. Dice ***Eclesiastés 5:2 “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras”***. Este verso nos dice claramente que podemos expresarle palabras al Señor, con la advertencia de que sean pocas; y de igual manera nos invita a callar mientras estamos delante de Él. Seamos equilibrados en cuanto a la doctrina, no desechemos una cosa por otra, sino entendamos la diferencia que hay entre ambas maneras de orar.

Los Evangelios relatan cómo era costumbre del Señor Jesús pasar las noches orando. Jamás los escritores dicen que el Señor pasaba hablando con Dios, aunque tampoco por sus escritos podemos aseverar que Él oraba en silencio, pero no podemos negar ninguna de éstas dos cosas porque la Biblia está llena de versos que nos muestran que podemos orar discursivamente o contemplativamente. Leamos a continuación algunos versos que nos dicen que podemos estar delante de Dios de manera contemplativa.

Salmo 16:8 “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido”.

Este verso nos habla de una actividad contemplativa, pues, dice: “A Jehová he puesto siempre delante de mí...”; note que no dice: “Al Señor le he hablado constantemente...”, sino se refiere a un acto de fe de estar delante de Dios.

Salmo 27:14 **“Espera al Señor; esfuérzate y aliéntese tu corazón. Sí, espera al Señor”.**

Salmo 37:7 **“Guarda silencio ante Jehová, y espera en él...”.**

Salmo 62:1 **“En Dios solamente espera en silencio mi alma; de El viene mi salvación”.**

Isaías 30:15 (BTX) **“Pues así decía el Soberano, el Santo de Israel: Vuestra salvación está en volveros a mí y tener calma; Vuestra fortaleza consiste en confiar y estar tranquilos...”.**

Lamentaciones 3:25 **“Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. v:26 Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová”.**

Habacuc 2:20 **“Pero Jehová está en su santo Templo: ¡Guarde silencio ante Él toda la tierra!”**

Estos versos nos dicen claramente que nosotros debemos estar en silencio delante de Dios. Esto quiere decir que estar callados delante del Señor es una manera de tener una comunicación íntima con Él. La contemplación no es una novedad, esta es una práctica antiquísima, la cual conocieron los hombres que caminaron con Dios en el Antiguo Pacto, así como muchos hermanos que nos han antecedido a nosotros en la era del Nuevo Pacto.

Dice también *Hebreos 4:16* **“Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que obtengamos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro”.** A veces leemos estos versos de la Biblia con pensamientos ya preconcebidos y erramos en la interpretación. Este pasaje no dice: “Hablemos con confianza delante del trono...”, lo que dice es que nos acerquemos, nada más.

Y un último verso que dice claramente esto de la contemplación es *2 Corintios 3:18* **“Pero nosotros todos, con rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados por el Espíritu, de gloria en gloria, en la misma imagen del Señor”.**

Con todo lo visto anteriormente podemos tener claro que tan lícito es orar discursivamente, como contemplativamente.

La oración contemplativa no es una invitación a “hacer un esfuerzo para alcanzar un objetivo”, más bien es una invitación a estar quietos, en fe, delante del Señor. La oración contemplativa será abrazada por aquellos que se han dado cuenta que han fracasado en su caminar con Dios, y seguro podrán hallar en esta manera de orar una ruta de sanidad y liberación para sus vidas. La oración contemplativa es la manera de tener comunión con Dios, en la cual no intervienen las palabras; sin embargo, es la forma más pura para estar en intimidad con Él.

Vamos a desarrollar esta temática desde varios ángulos:

- 1.- SU HISTORIA
- 2.- SU NATURALEZA
- 3.- SU PRACTICA
- 4.- SUS RESULTADOS.

LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA VISTA EN LA HISTORIA.

La oración contemplativa la podemos ver en el Nuevo Testamento, en la Vida misma del Señor con Sus discípulos. Ellos experimentaron un caminar con Jesús, y obviamente no toda su experiencia fue hablar con Jesús, o escuchar lo que Él decía. Los Evangelios registran los momentos en los cuáles el Señor habló, así como sus hechos. El Señor Jesús impactó a Sus discípulos no sólo con las cosas que decía, sino también lo que hacía en su vivir. La escuela que los discípulos tuvieron esos tres años y medio del ministerio del Señor no fue solamente escuchar Su sabiduría, sino verlo desde el amanecer hasta el anochecer. Los discípulos aprendieron muchas cosas del Señor mientras lo miraban comer, caminar, dormir, hablar, etc. tal y como les sucede a los hijos con sus padres de quienes aprenden kinésicamente.

La contemplación está relacionada con la personificación de Cristo, o con vivir a Cristo, estos son temas que van de la mano. El apóstol Pablo dijo: ***“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor”*** (1 Corintios 1:9). Tanto el apóstol Pablo como los demás apóstoles, en su mensaje, siempre hablaron de una caminata con la persona del Señor; jamás ellos se refirieron a Jesús como una manera de pensamiento, o una doctrina, sino siempre lo personificaron; en eso consiste la contemplación. Podemos decir que contemplamos al Señor cuando por fe lo ponemos delante de nosotros.

La contemplación no surgió a partir de la doctrina que los apóstoles aprendieron, sino de la experiencia que estos hombres tuvieron al vivir con el Señor. A nosotros nos cuesta entender el Evangelio porque casi siempre andamos en busca de un concepto que nos explique a Dios; lo que nosotros debemos buscar como creyentes es la misma experiencia que tuvieron los apóstoles, es decir, vivir con el Señor, pasar tiempo con Él.

Esta práctica de la contemplación se perdió con la entrada del humanismo a la Iglesia, más o menos en los años 300 en adelante. Desde los tiempos de Constantino el grande, la Iglesia perdió la experiencia de la personificación del Evangelio, y se convirtió en una institución. Junto con este cambio se perdió la identidad de los verdaderos creyentes, pues, entraron muchos que lo único que tenían eran intereses personales. A partir de esos años el Evangelio comenzó a convertirse en un cúmulo de doctrinas, de manera que se perdió la esencialidad de la experiencia vivencial con el Señor.

En el Nuevo Testamento no vemos que se hable mucho sobre la contemplación; la razón de esto es que en aquellos tiempos, tanto los apóstoles como los creyentes eran contemplativos. Ellos no necesitaban estudiar este tema porque era parte de su vivir. Esto es como cuando nace un niño en un país latinoamericano, él no necesita aprender el idioma español, él lo aprende mientras vive. Igualmente sucede con la comida, ninguno de nosotros necesita aprender a comer, sencillamente respondemos a una necesidad de la vida y por ello comemos tres veces al día como mínimo. Así sucedió en los primeros años de la Iglesia, la contemplación se transmitía a través de la experiencia y la necesidad de Vida que tenían los creyentes. El problema fue cuando la Iglesia entró en el humanismo, junto con ese cambio se perdieron muchos valores Vitales del Evangelio.

Con el pasar del tiempo surgieron algunos creyentes que empezaron a dejar un legado en cuanto a la contemplación. Estos creyentes no estuvieron de acuerdo con las estructuras doctrinales que la Iglesia había tomado, y por lo tanto, ellos decidieron regresar a los orígenes de la Iglesia. Muchos de estos creyentes nosotros los desconocemos porque a colmo de males la religión católica los empezó a llamar “Santos”, y nosotros que conocimos al señor en una línea protestante evangélica los rechazamos porque nos enseñaron que llamar “santo” a un hombre es idolatría.

Algunos hombres de antaño empezaron a buscar a Dios de todo corazón y lo que descubrieron fue que la mejor manera de tener comunión íntima con Dios era el silencio, la soledad, en otras palabras, la contemplación. El error que ellos tuvieron es que llegaron a creer que para poder ser contemplativos debían enclaustrarse, y así fue como surgieron muchos monasterios y conventos.

Hasta la fecha la religión católica enseña que todo aquel que desea buscar a Dios más profundamente, debe internarse en un monasterio. En realidad no necesitamos llegar a ese extremo, todos los creyentes podemos ser contemplativos sin necesidad de salir de nuestro entorno social.

Entre estos hombres de antaño que dejaron un legado en cuanto a orar contemplativamente, podemos mencionar a Miguel de Molinos, Fenelon, Madame Guyon, y otros más que llegaron a ser muy famosos en su tiempo, más o menos por el siglo XVI. Estos hombres y mujeres de Dios que se dedicaron a enseñar sobre la contemplación, siendo muchos de ellos católicos, terminaron siendo encarcelados por la misma Iglesia Católica, porque tal práctica estaba revolucionando a los creyentes de esos tiempos y estaba poniendo en descrédito a los clérigos. Ante tal resurgimiento del verdadero cristianismo, la Iglesia Católica prohibió la oración contemplativa, e impusieron como ley que todos los laicos sólo podían orar de manera discursiva. A partir de esos tiempos, tanto “católicos”, como los recién separados “protestantes”, tuvieron que dedicarse a orar discursivamente, y eso ha estado vigente hasta nuestros días.

Hace algunos años el movimiento “Pentecostal” enseñaba que si alguien iba a buscar a Dios, no debía quedarse callado porque los demonios ocupaban esos espacios en blanco para entrar a su vida. ¡Qué absurda doctrina! Tal enseñanza hizo que muchos ofreciéramos el sacrificio de los necios, es decir, una vana palabrería religiosa. Por esta razón por muchos años nos acostumbramos a la bulla, a la oratoria, al discurso, a las repeticiones, a los cantos, a la algaravilla, a las lenguas, y a cualquier cosa que no fuera la quietud y el silencio.

En Su misericordia, el Señor nos está permitiendo encontrar nuevamente la manera de tener comunión íntima con Él. Debemos volver a esta experiencia de Vida con el Señor, volvamos a personificar el Evangelio, y para ello empecemos orando contemplativamente. Con esto concuerdan las palabras del Apóstol Pablo cuando dijo: **“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle...”** (Filipenses 3:8–10). Dios nos permita no sólo recobrar la práctica de la oración contemplativa, sino que nos encaminemos en ello a tal punto que vivamos un día de manera contemplativa.